

**VEINTE  
PINTORES  
MALLORQUINES**

EXPOSICIÓN HOMENAJE A LA PINTURA  
DE MALLORCA DEL SIGLO XIX

**BANCO DE SANTANDER**

PALMA DE MALLORCA, JUNIO 1984

## CIEN AÑOS DE PINTURA MALLORQUINA

Bajo este epígrafe tan retuendo y significativo, se recoge la producción pictórica mallorquina a lo largo de todo un siglo. Periodo altamente representativo ya que comprende las últimas manifestaciones de un realismo decimonónico no siempre comprendido, y las primeras de este impresionismo que ha venido, con el tiempo, caracterizando a la pintura mallorquina en lo que va de siglo. Pocas veces ha sido posible reunir, en un conjunto antológico, pintores tan dispares y antagónicos y, al mismo tiempo, tan fuertemente vinculados entre sí. Porque no hay que olvidar que los artistas que se agrupan en este libro, tienen todos ellos el denominador común de la mediterraneidad. Yo diría más: el denominador común isleño. Y ello es así, porque Mallorca tiene unas características especiales —paisaje, luz, color— que la distinguen de otros espacios y de otros ambientes.

Mallorca, pictóricamente hablando, es diversa y, en cierta manera, casi única. La enorme cantidad de artistas españoles y extranjeros que, una vez conocida la isla, se han quedado a vivir en ella, es numerosa. Sirvan para ilustrar esto que vengo diciendo, los nombres de los catalanes Anglada Camarasa, José Castellanos, José Coll-Bardalet, el valenciano Pascual Rach Miró, los argentinos Tito Cittadini y Francisco Bernareggi, el alemán Ulrich Lemm, el húngaro Poharnok, los norteamericanos Cook y Ulbricht, por no citar sino los que han ejercido una mayor influencia. Todos ellos, atraídos por el encanto de la isla, han hecho de ella su segunda patria y han dedicado a su captación sus mejores años.

De ahí que Mallorca, por esto mismo, presente un panorama, pictóricamente hablando, altamente sugestivo y altamente abarcador. El hecho de agrupar en este libro un siglo de pintura hace que, dentro de este periodo de tiempo, pueda contemplarse una gama de técnicas y maneras de la más variada procedencia. Porque tanto los artistas cuya obra está ubicada, espiritualmente

hablando, dentro del siglo XIX, como los que la hicieron posible en el XX, tienen todos ellos unas influencias comunes y unas maneras también comunes. Que si los artistas de finales de siglo —Ankerman, Baurà, O'Neill, Ribes, por citar solo unos nombres— responden a un mismo patrón y a unas mismas técnicas interpretativas, en las que el llamado cuadro de género es lo que prima por encima de toda otra interpretación, los artistas que responden a la llamada del siglo que apunta, hecha su aparición el fenómeno impresionista, tienen todos ellos la constante paisajística como principal tema de captación y cultivo. El paso de Mir y Rosaló y el afincamiento en el Puerto de Pollensa de Anglada Camarasa, dejaron la impronta de su genio y de ese impresionismo que ha tomado, entre los pintores isleños, carta de naturaleza.

Porque el impresionismo —el fenómeno impresionista— como expresión de una corriente artística, supone el deslinde radical y absoluto entre dos épocas de la historia del arte. Dos épocas perfectamente delimitadas —antes y después de que Monet, en 1874, titulase a uno de sus cuadros con la palabra "Impresión" — y en las que los objetivos son distintos y distintas, a su vez, las realizaciones. Puede decirse, sintetizando, que el impresionismo es el triunfo de la luz y el color sobre los demás elementos que componen la obra de arte. Este triunfo, conseguido tras muchos esfuerzos, presupone una revolución total por lo que a la concepción de la obra de arte se refiere. A la visión meramente formalista y estructurada, sucede una visión abiertamente humanista y colorista, en la que el elemento luz y su correlativo el color lo es todo. Porque en torno al problema de la luz surge, necesariamente, el problema del color y el problema del espacio. Este espacio que intuyeron, únicamente, algunos elegidos —Leonardo, Velázquez, Goya— y que no captaron los pintores anteriores a la aparición del impresionismo, considerado éste como interno y como tentativa.

En Mallorca este deslinde fue, tal vez, más acentuado. No hay que olvidar la im-

portancia de la luz en nuestra isla y la importancia del paisaje. La luz cegadora que reina en la isla es, acaso, una de las características más acentuadas que se presentan al observador. La luz lo invade todo en una orgía esplendorosa y esplendente. La isla es, ante todo, luz. De "Mallorca, la luminosa" calificó a la isla el divino Ariosto. Luz que brilla dominadora sobre los restantes elementos que constituyen, en definitiva, la teoría pictórica isleña. Difícilmente se aviene a esta luz quien no está acostumbrado a ella. Difícilmente puede el artista conseguir el fin deseado, si no está fuertemente familiarizado con este torrente de luz que reverbera sobre la isla, aprisionándola y dominándola por completo. Las palabras de Anglada —"Fuera de Mallorca el cielo no me parece completamente limpio; es como si fuese preciso pasarle un plumero"— y de Sorolla, el maestro de la luz, ante la fuerza luminica de la Cala San Vicente —"¡Esa luz, esa luz; imposible captarla!"— son harto significativas a este respecto.

Esta doble vertiente apuntada hace posible la presencia, en la isla, de un amplio abanico de posibilidades pictóricas que teniendo al paisaje como constante de un laborar, continuo e intenso, nos ha dejado una obra sugestiva y sugerente. Dentro los pintores mallorquines nacidos a la vida bajo el espíritu impresionista —Antonio Gelabert, Pilar Montaner, Bartolomé Ferrá, Juan Antonio Fuster Valiente— puede apreciarse ampliamente la visión paisajística vista y tratada bajo una óptica puramente impresionista. Óptica nacida de la misma necesidad del artista de recorrer nuevos caminos y óptica fruto de los maestros españoles del impresionismo —Joaquín Mir y Santiago Rusiñol ya citados— llegados a la isla y ejerciendo sobre los pintores de aquí una profunda y, a la vez, beneficiosa influencia.

La agrupación de estos pintores en un volumen, bajo los auspicios de la obra cultural del Banco de Santander, constituye todo un acierto. Por lo que representa cada uno en sí y por lo que supone su agrupamiento. Porque estos pintores, cada uno con sus ca-

racterísticas propias y diferenciadas, representan el más alto patrimonio con que cuenta la pintura mallorquina. Se trata de pintores ya fallecidos que trazaron el camino y nos dieron la norma y el ejemplo. Unos, fieles a ese sentido realista —clásico, en el fondo— que caracterizó sus comienzos y su posterior evolución. Otros, si bien nacidos bajo la influencia del realismo, supieron hacer suyos los aires renovadores de ese impresionismo que hacía estragos entre los pintores que cabalgaban a lomos de dos siglos. Todos ellos —Lorenzo Cerdá, en primer lugar— supieron hacer suyos los nuevos aires renovadores y su paleta, antes pálida y carente de luminosidad, amaneció con la fuerza de un colorido y de una vivacidad sorprendente. Contemplando las obras de la primera época de Lorenzo Cerdá, sujetas a la norma ochocentista, y comparándolas con las que nos dejó posteriormente —ya compenetrado con su amigo Joaquín Sorolla que vino a Mallorca a instancias y requerimientos suyos— notamos esta diferencia apuntada. Diferencia que habla de un interesante proceso pictórico cuyos frutos están a la vista.

De ahí que resulte interesante —y aleccionador, al mismo tiempo— el presentar a estos artistas con sus especiales características y sus especiales peculiaridades. Porque todos ellos responden a una misma inquietud y a un mismo sentido del arte y de su proyección. Todos ellos —tanto los que se mueven en un plano estrictamente realista, fieles a los patrones imperantes en su época, como los que hicieron suyos los aires renovadores que supuso el impresionismo— aportan a la historia de la pintura en Mallorca sus especiales modalidades y sus especiales características técnicas y temáticas. Porque todos ellos, tanto los que pertenecen a la pintura del siglo XIX como los que están ubicados, espiritualmente hablando, en el siglo XX, participan de la condición isleña, común a todos los artistas que han hecho de Mallorca la meta de sus preocupaciones artísticas. Y esto —esta condición— aflora a la sola contemplación de sus obras. Obras que, por otra parte, tienen una calidad digna de aprecio. El hecho de haberse

realizado en Mallorca y haber tenido una proyección limitada — la mayoría de las veces circunscrita a la isla— hace que la publicación de un libro en el que se recoja su obra constituya todo un acierto.

Cien años de pintura mallorquina son una meta y una enseñanza. Los artistas agrupados en este volumen son harto significativos. Y harto representativos de una época y de un ambiente. Sin estos artistas no habría sido posible la floración pictórica de ahora. He ahí el valor de su agrupamien-

to y de su estudio. Y he ahí el valor de su testimonio.

La raíz del florecimiento actual de la pintura mallorquina debemos hallarlo en estos hombres que abrieron el camino a futuras realizaciones y a futuros logros.

*Gaspar Sabater*

*De las RR. AA. de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, de Bellas Artes de San Sebastián, de Palma de Mallorca y de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.*

## PEDRO BARCELO OLIVER

Si ha existido en Mallorca un hombre polifacético por antonomasia, ése ha sido D. Pedro Barceló Oliver. Nacido en nuestra ciudad en el año 1884, de muy niño demostró una gran afición al dibujo, que años más tarde iría perfeccionando con las lecciones que recibió en la Academia de Bellas Artes, dirigida a la sazón por el ilustre pintor Ricardo Anckermann. Continuó sus estudios artísticos con Don Lorenzo Cerdá, trasladándose luego a Madrid para ingresar en la Escuela de pintura, escultura y grabado, obteniendo el título de Profesor de dicha escuela.

En el transcurso de su dilatada vida, hizo un gran acopio de títulos y distinciones (Delineante de Obras Públicas, Aparejador, Profesor de Dibujo lineal y artístico, Académico Numerario de la Academia de Bellas Artes de Palma, Presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, Académico correspondiente de la Real Academia de San Fernando de Madrid, de la de Toledo, de San Miniato de Florencia y de la de Bellas Artes de San Sebastián, habiéndosele concedido en los últimos años la Encomienda de Alfonso X el Sabio), y luego de numerosos contratiempos, vió satisfecha una de sus más nobles ambiciones: regresar a su tierra natal para ser nombrado Profesor de la Escuela Provincial de Artes y Oficios y más tarde Director del referido centro, cargo que vino ostentando hasta la fecha de su jubilación.

Revisten especial relieve sus pinturas murales que figuran en la Iglesia parroquial de Manacor, dedicadas a exaltar a la Virgen María a través de los Misterios de la Concepción, Asunción y Coronación.

Cabe resaltar, asimismo, el retablo de Santa Cruz —en la capilla del Perpetuo Socorro— y el que ornamenta el Cristo del Nogal, en la Iglesia de la Concepción, en cuyas figuras, por cierto, están representados su esposa e hijos. (No hay que olvidar que D. Pedro Barceló pintaba habitualmente del natural. Sus modelos preferidos eran los seres desheredados, que el artista plas-

maba con la hondura y el realismo que se desprendían de sus estigmatizadas facciones).

Algunas de sus obras cruzaron el charco, con destino al Estado norteamericano de Texas, en cuya Iglesia de San Francisco de Waco se conserva un "Via Crucis", realizado por el pintor, que continúa causando admiración a cuantos lo contemplan.

Otra de las creaciones que le dieron merecido renombre, fué el cuadro del Beato Ramón Llull, ofrecido a Su Santidad Pío XI, que se guarda en el Centro de Misiones Católicas de Roma.

Independientemente de esa faceta artística, D. Pedro Barceló cultivó el paisaje, el bodegón y el retrato. En esta última modalidad es quizás donde el pintor demostró un pleno dominio de la técnica. Son incontables los personajes que de todos los estratos sociales posaron para el artista. Quiero referirme concretamente a dos óleos que, a mi modesto juicio, tienen un excepcional interés: su autorretrato y el dedicado a su esposa Matilde, modelo de perfección que le acredita como un auténtico maestro en esta difícil especialidad, por su precisión en el dibujo y la armonía en las tonalidades cromáticas.

Humanamente, D. Pedro Barceló fué una persona que irradiaba bondad por todos los poros. Incapaz del menor gesto despectivo, en sus largos años de crítico de arte y musical, nunca salió de su pluma un adjetivo disonante que pudiera zaherir o molestar a alguien. Sus juicios fueron siempre certeros, alentando a los principiantes que se acercaban a él en demanda de consejo.

Un infausto treinta de julio de mil novecientos sesenta y nueve, D. Pedro Barceló emprendió el camino hacia la inmortalidad a la avanzada edad de ochenta y cuatro años. Una vida bien aprovechada, con sus naturales altibajos, pero sin perder nunca sentido del deber. Desaparecía un artista notable, un maestro ejemplar y un hombre de acendradas convicciones.

*José María Forteza*





**BANCO DE SANTANDER**

Fundado en 1857